transformación inversa cambiarse en aquellas. Ninguna idea, ningún sentimiento se manifiesta, sino como resultado de una fuerza física que se gasta para producir ese resultado.» No, Señores, no creamos que Spencer es materialista, porque nosotros mismos seremos convictos de materialismo.

Hé aquí lo que dice en la página 485, línea 27. «El materialista, viendo que, según la ley de correlación y equivalencia de las fuerzas, todo sentimiento, pensamiento ó deseo puede transformarse en un equivalente de movimiento mecánico, y por consiguiente, en todas las demás formas de fuerza manifestadas por la materia, *puede creer* demostrada la materialidad de los fenómenos psíquicos.»

Al terminar lo que precede, me queda un escrúpulo, en cuya virtud me veo presisado á hacer una rectificación en nombre del autor de Los primeros principios, y es: que, aunque se ha dicho, que el único principio que supera á la experiencia, es, la persistencia de la fuerza, es preciso advertir ahora, que siempre no la supera, porque (1) «la persistencia de la conciencia es la experiencia inmediata que tenemos de la persistencia de la Fuerza,» y por consiguiente, la persistencia de la fuerza, no escapa á nuestro conocimiento y á nuestra razón.

Ni habrá quizá motivos para creer á nuestro profesor un servil expositor de las doctrinas de Espinosa, aunque diga: (2) «La persistencia del Universo es la persistencia de la causa incógnita, —Poder ó Fuerza,—que se nos manifiesta á través de todos los fenómenos.»

Olvidemos una vez más, la aserción, de que el único principio que supera á la experiencia, es la persistencia de la fuerza; porque en este caso, no quedaría libre del escepticismo, el creer que la persistencia del universo

(1) Pág. 170, lín. 27.
(2) Pág. 170, lín. 37.

sea creer en la persistencia de un poder que supera á nuestro conocimiento.

VI.

Pasemos á examinar el principio de la indestructibilidad de la materia «Si analizamos las supersticiones primitivas, dice el crítico lleno de entusiasmo, (1) ó la creencia en la mágia, que no ha mucho tiempo reinaba aún en casi todos los espíritus, y reina aún hoy en las gentes incultas, vemos que entre otros varios postulados, uno supone que, mediante un encanto poderoso, la materia puede ser evocada de la nada, ó vuelta á la nada. Y si no se cree eso precisamente (porque el creerlo, en el sentido estricto de la palabra, implicaría que la creación y el aniquilamiento eran claramente concebidos,) se cree creerlo; y se obra de modo que, en esa confusión de ideas, el resultado es el mismo. No es sólo en las épocas de oscurantismo y en espíritus incultos, donde hallamos las trazas de esa creencia; domina también en teología, acerca del principio y fin del mundo.» «Sea lo que quiera, dice el autor, (2) después de hacer observar que la acumulación gradual, y mas bien, la sistematización de hechos ha dado por resultado borrar poco á poco esa convicción: sea lo que quiera en sí misma, la materia no nace ni perece, al menos para nuestro pensamiento.» Antes de analizar las pruebas de esta conclusión, observaremos, que bajo el nombre de indestructibilidad de la materia, no puede comprenderse la aserción, de que la materia no puede nacer ó comenzar á existir; pues lo que significa tal palabra, es, la propiedad, en virtud de la cual, una cosa no puede ser destrui-

(1) Pág. 151, lin. 20.
(2) Pág. 152, lin. 12.

da. En seguida hagámonos cargo de las pruebas: (1) «El cometa, que se ve en una noche aparecer y agrandarse en los cielos, no es un cuerpo creado recientemente, sino oculto, hasta entonces, por estar fuera del alcance de nuestra vista. La nube, que se forma en pocos minutos, no se compone de una sustancia que comienza entonces á ser, sino que existía ya en la atmósfera en forma difusa y trasparente.....Inversamente, observaciones exactas nos hacen ver que las destrucciones aparentes de materia no son sino cambios de estado. Así, el agua evaporada, aunque se ha hecho invisible, puede, por condensación, volver á tomar su forma primitiva.»

«El efecto de esa prueba específica, (N. B.) unido á la prueba que nos suministra diariamente la permanencia de los objetos que nos son familiares, ha adquirido tal potencia, que hoy día la indestructibilidad de la materia es una verdad, cuya negación es inconcebible.» (2)

Reasumamos. El escritor inglés, fundado en una constante experiencia, prueba solamente que la materia no se destruye, mas no, que no pueda destruirse: así mismo, prueba que la materia, una vez existente, experimenta constantes transformaciones; pero no, que no pueda comenzar á existir. Porque, es necesario distinguir la cuestión de hecho, y la cuestión de posibilidad. En cuanto al hecho, concedemos que la materia no se destruye, y aun añadimos, que estudiando la naturaleza de los séres que pueblan el mundo, se colige, que nada se destruirá. Y en verdad, que solamente porque el positivista asegura, (3) que esta verdad, solo en los tiempos modernos, y por los hombres de ciencia, ha sido puesta fuera de duda, me veo obligado á decirle que tambien los escolásticos de antaño la han profesado; oigamos por

(1) Pág. 152, lín. 16.
(2) Pág. 153, lín. 7.
(3) Pág. 154, lín. 15.

todos, al Maestro, (1) «Creaturarum autem naturae hoc demonstrant ut nulla earum in nihilum redigatur: quia vel sunt immateriales, et sic non est in eis potentia ad non esse; vel sunt materiales, et sic saltem remanent semper secundum materiam, quae incorruptibilis est utpote subjectum existens generationis, et corruptionis.. Unde simpliciter dicendum est, quod nihil omnino in nihilum redigetur.» Las naturalezas de las creaturas estan demostrando que ninguna de ellas será reducida á la nada: porque, ó son inmateriales, y así no tienen potencia para dejar de ser; ó son materiales, y entonces, por lo menos en cuanto á la materia, que es incurruptible, puesto que es el sujeto de la generación y de la corrupción, son siempre permanentes.....Por lo que hay que asegurar absolutamente que ninguna cosa será reducida á la nada.

Esto en cuanto al hecho; mas en cuanto á la cuestión de posibilidad, que es la única á que debe referirse el principio de la indestructibilidad de la materia, quedamos en espera de las pruebas para apreciarlas en seguida.

Podemos decir, que el mismo sofista no hace otra estimación de sus propias pruebas, pues está muy lejos de creer, que la existencia del cometa antes de su aparición, pruebe que no es creado; porque no dice que el tal cometa sea un cuerpo no creado; sino que no es un cuerpo creado recientemente: no dice que la nube sea una sustancia increada, sino solo que no debe creerse que entonces comienza á ser, pues que ya existía en la atmósfera en forma difusa y trasparente. Muy bien, Sr. Spencer, estos descubrimientos no datan, pues, de fecha moderna; los han conocido desde los más antiguos escolásticos: oid al Maestro, dice: (2) «Deus requievit die septimo..... quia die septima cessavit novas creaturas condere: nihil enim postea fecit quod non aliquo modo praecesserit in

(1) 1ª Parte, Suma Teol. cuestión 104, art. 4; en el cuerpo del art
(2) 1ª Parte, Suma Teol. cuest. 73, art. 2°

primis operibus.» Dios descansó el séptimo día..... porque en él dejó de crear nuevas creaturas: porque nada hizo después, que de algún modo no haya estado hecho en las primeras obras;» y en el artículo precedente, (1) dice: «Nihil postmodum á Deo factum est totaliter novum. quin aliqualiter in operibus sex dierum praecesserit.» Nada se ha hecho por Dios, después, que sea del todo nuevo, que no haya estado ya, de algún modo, en la obra de los seis dias; y en la cuestión 69. art. 2.º dice: «In illis primis diebus condidit Deus creaturam originaliter, vel causaliter: á quo opere postmodum requievit.» Dios crió en aquellos primitivos dias, á todas las creaturas, original, ó causalmente; de cuya obra descansó después. «Qui tamen, añade, postmodum secundum administrationem rerum conditarum per opus propagationis usque modo operatur.» Sin embargo, Dios mismo, continúa constantemente su operación, aun después (de haber creado las cosas,) por medio de la propagación, según corresponde á la administración de todas las cosas respectivamente. Y si por una parte, las mismas expresiones de que el filósofo positivista se vale al proponer los ejemplos del cometa y de la nube, dan á conocer de una manera indirecta, que Spencer, lejos de tener como absurda la creación de la materia, la supone; las últimas partículas de su proposición nos lo revelan mas patentemente. La materia no nace ni perece, á lo menos para nuestro entendimiento. Pues, ¿cesa su existencia significa, que efectivamente la materia puede comenzar á ser y sino á aniquilarse, si bien esto no lo conocemos, ó las partículas que la expresan son inútiles? Mas si esas palabras tienen tal significación, y la enfermedad se reduce á que Spencer se imagine la creación, no desdos tranquilizamos, con la seguridad de que, no sufrirá menoscabo alguno la realidad de la creación, ni su legítimo concepto intelectual.

(1) Ad 3.

VII.

Examinemos otro principio celebérrimo de la filosofía spenceriana: que todas las cosas que conocemos «son manifestaciones de lo Incognoscible.» (1) Esto en verdad no puede ser un principio de la Filosofía, pues es indudable que no es una proposición verdadera é inmediatamente evidente; mas tampoco puede serlo en el sentido de Spencer, puesto que en ninguna parte de los Primeros principios dice, que tal postulado sea comprobado por la experiencia. Ya le hemos oido decir, que el único principio que supera á la experiencia es la persistencia de la fuerza; luego, todos los demás no la superan; y por consiguiente, como en ninguna parte nos declara la correspondencia de tal principio con los hechos experimentales, creo que no tiene otra procedencia mas que la malicia del autor. Yo os confieso haber buscado y rebuscado repetidas veces la justificación de este famoso principio, sin haber encontrado mas que el siguiente pasage tomado de la página 90, que es donde parece hablar de él, de una manera más formal. Pues bien; allí leo el siguiente discurso: (2) «el sentido común afirma la existencia de una realidad; la ciencia objetiva prueba que esa realidad no puede ser lo que pensamos que es; la ciencia subjetiva prueba por qué no podemos pensarla como es; y, en esa afirmación de una realidad, cuya naturaleza, ó escapa á nuestros [illegible] es absolutamente [illegible] dudosa, la religión reconoce un principio esencialmente idéntico con el suyo. «Quiramos ó no, venimos obligados á mirar todos los fenómenos como manifestaciones de un poder que obra sobre nosotros.» Mas este discurso es del todo vicioso. En él se afirma que existe una realidad, admitida por la ciencia, al mismo tiempo que se lo

(1) Pág. 125, al comenzar el tom. 43.
(2) Lib. 3.

igco positivista, la ciencia objetiva nos enseña que no puede ser lo que pensamos que es. La Religión también reconoce un principio esencialmente idéntico, dice, al que reconoce la ciencia, puesto que reconoce también una realidad, y esta es también incognoscible. (Bella prueba.) De aquí concluye: que la realidad admitida é incognoscible de la Religión, es la realidad admitida é incognoscible de la ciencia. Si yo pretendiera probar, que las enseñanzas de la filosofía spenceriana son las mismas que las de la filosofía escolástica, nadie desconocería lo ilegítimo de la prueba, si así la formulase: La filosofía spenceriana admite algo; es así, que la filosofía escolástica admite una cosa absolutamente idéntica, puesto que también admite algo: Luego ese algo admitido por la filosofía spenceriana es el mismo algo que admite la filosofía escolástica. Pues, el discurso de Spencer es tan disparatado como éste; porque de que la ciencia reconozca una realidad, y esta sea incognoscible, y de que la Religión admita igualmente una realidad también incognoscible, no se sigue la identidad de estas realidades, y por tanto, esa identidad debía ser probada por el lógico de la filosofía natural. Esto es precisamente lo que descuida por completo. Mas tan lejos está de probar tal identidad, que antes por el contrario, en muchos lugares de su obra, nos habla expresamente de la diferencia que existe entre esas realidades. Séanos prueba de esto todo el capítulo II de la primera parte, titulado: Ultimas ideas de la Religión, y todo el capítulo III titulado: Ultimas ideas de la ciencia. Al fin del capítulo II, concluye el escritor como resumen de todo lo que en él se ha dicho, que la potencia causa del Universo, es, para nosotros completamente incognoscible.» (1) Al fin del capítulo III, igualmente, como resumen de lo que en él se ha tratado, concluye así: Luego las ideas últimas de la Ciencia representan todas, realidades incom-

(1) Pág. 43, lín. últ.

prensibles. (1) Bien, estos modos de hablar son por sí clarísimos, y nos dan á conocer evidentemente el pensamiento del autor acerca de las realidades á que en estos distintos lugares se alude, y es, que la realidad de que se habla en el capítulo II, esto es, la realidad proclamada por la Religión, es absolutamente diversa de las realidades de que se habla en el capítulo III, que son las que la ciencia reconoce, pues allá se habla de realidad, es decir, una, y en el capítulo 30 se habla de realidades, es decir, muchas: y aun en el capítulo IV, dice, que no puede haber mas de una causa primera, y reconociendo la infinidad como atributo de esa causa primera única, dice; «que la hipótesis de que haya mas de un infinito, se destruye por sí misma.» (2)

Todos los discursos del capítulo II se versan acerca de la existencia é incognoscibilidad de la causa primera del Universo, independiente, y tan distinta de él, como el efecto lo es de su causa. En el capítulo III, se trata ya de otro género de cuestiones. Ya no se disputa sobre la causa infinita, absoluta é independiente; sino de la naturaleza del espacio, del tiempo, de la materia, del movimiento: es decir: no se trata de la causa del Universo, sino de las sustancias y fenómenos del Universo. Examina el crítico positivista varias hipótesis para dar la resolución de las cuestiones que se propone, y después de no hallarlas satisfactorias, concluye con las palabras que he referido. Luego, las realidades de que se habla en el capítulo III, ó sean las naturalezas de las sustancias ó fenómenos del Universo, son diversas de la realidad de que se habla en el capítulo II, que es la *causa causarum*, ese algo superior que dice Spencer que la Religión ha tenido la misión de revelar á los hombres. Luego, el decir, que nos vemos obligados á mirar todas las cosas como manifestaciones de lo incog-

(1) Pág. 60, princ. del núm. 21.
(2) Líns. 16 y 16 de la pág. 74.